

Fuente:

ULA-UNIVERSIDAD, sábado 15 de abril de 2006 **ULA-opinión**

A 200 años de haber sido izada la bandera sufre modificaciones

Historiador Pascual Mora, presidente de la Sociedad Bolivariana



Doctor Pascual Mora García: Hay que estudiar los cambios fuera de connotaciones políticas, semióticas o semiológicas. (Foto Omar Hernández)

** Especial
marzo 22, 2006

Este domingo, la Bandera Nacional cumple doscientos años de haber sido izada por primera vez, a bordo del bergantín Leander, en la rada de Jacmel (Haití). Francisco de Miranda la trajo como emblema de la lucha que entonces se proponía, y en señal de victoria, la izó en la Vela de Coro, el 3 de agosto del mismo año.

Pero fue en 1811, cuando el Congreso de Venezuela, asumió esa bandera tricolor como emblema patrio, agregándole por su voluntad expresa, siete estrellas que representarían cada una de las siete provincias que unidas se independizaron del gobierno español. 200 años más tarde una polémica decisión oficialista, modifica la insignia patria que, desde hoy, flameará con su nueva imagen.

Pero, ¿Qué significa realmente este cambio? Fuera de connotaciones políticas estériles, Pascual Mora García, doctor en Historia, académico de la Ula-Táchira, y presidente de la Sociedad Bolivariana del Táchira, consultado sobre el tema, expone sus apreciaciones en su condición de investigador.

- *Es necesario apuntalar algunos puntos claves para la reflexión. En primer lugar, preguntarnos por qué, en la consulta, no participaron los historiadores de oficio, los centros de investigación, las academias, ni las universidades. En segundo lugar, qué implicaciones reales trae esa modificación, más allá del número de estrellas o de la dirección del caballo. Y en tercer lugar, preguntarnos ¿Acaso estamos en presencia de un nuevo tiempo histórico nacional?*

Silencios que sorprenden

La primera respuesta es que hay que confesar que los historiadores, como dice el británico Eric Hobsbawn, se han olvidado de estudiar la invención de la tradición en los diferentes tiempos históricos de la nación. Nos hemos anclado en la vieja Historia Patria, que si bien tuvo un fin inmediato como fue consolidar

la memoria histórica nacional, también es verdad que no dejó de tener su ingrediente ideológico manipulador. Y en ese sentido, la Historia Patria sirvió a Guzmán Blanco, a Castro, a Gómez, a Pérez Jiménez, a Carlos Andrés Pérez, y a todos quienes detentaron el poder, para legitimarse. La transformación del nacionalismo venezolano de la decimonónica versión liberal a las versiones nacionalistas neoliberales, ahora caracterizada por un neonacionalismo de izquierda, siguen sin estudiarse cabalmente.

Sorprende el silencio de las Escuelas de Historia, de las maestrías y doctorados en Historia, de los centros y grupos de Investigación. Sorprende que algunos historiadores de reconocida trayectoria a nivel nacional, cuando opinan simplemente responden con el lenguaje del comunicador social, del periodista, y no con el lenguaje del historiador, que es un estudioso del tiempo estructural, el tiempo de larga duración. Es decir, del tiempo de la lentitud en la historia.

Ante este vacío, acota Mora García, evidentemente se impone una nueva escenificación del tiempo histórico nacional, diferente a la forma como tradicionalmente se compuso. En Venezuela durante el siglo XIX y XX, la intelligentsia, vale decir, los intelectuales, los académicos y políticos fueron los responsables de la elaboración simbólica y el perfilamiento de ideas-fuerza de la nación. Y este aporte a la historia se convirtió a la larga, en el gran pecado, pues su rol como conciencia nacional precursora, también sirvió para retardar los cambios.

Indudablemente, se han dado también momentos de ósmosis (y conflicto) entre la intelligentsia y el mundo popular. La Revolución de Octubre de 1945, puede ser recordada como el primer intento de participación directa de las masas en el estamento político. Incluso ha pasado a la historia como "cuando los alpargatúos tomaron el poder". También se caracterizó por articular la dupla pueblo-ejército y pueblo-partido, que a la postre se convierte en el primer antecedente de integración política del ejército y el pueblo.

Y recientemente podemos decir que, a partir del proceso que vive Venezuela después de las elecciones de 1998, se inicia una nueva reminiscencia de la integración entre la intelligentsia y el mundo popular, pero que paulatinamente se fue quedando sólo en poder de las versiones populares. No nos olvidemos de su importante participación en la Constituyente del 99, o entre los asesores del Presidente al inicio del "proceso bolivariano". El abandono de esa intelligentsia ha dado paso a una forma de participación de los liderazgos populares, subordinados incondicionalmente a la figura del Presidente, circunstancia que en nada beneficia ni a Venezuela ni al sistema de gobierno.

Así las cosas, reflexiona el académico, es necesaria la emergencia de una nueva intelligentsia que participe en la elaboración simbólica, que salga del acomodo político, y de la supuesta neutralidad valorativa; que supere la visión aburguesada, que responda responsablemente como intelectual orgánico.

Inventando la tradición

Los cambios en los símbolos patrios, más allá de la significación semiótica o semiológica, inducen una reminiscencia de la invención de la tradición. Hobsbawm señala que el liberalismo del siglo XIX fracasó como ideología, al menos en que no pudo proporcionar lazos de autoridad y de lealtad sociales como los que había en las sociedades anteriores.

Para subsanar este fracaso, el liberalismo hubo de llenar este vacío con «prácticas inventadas». Hobsbawm lo llama «invención de la tradición». Prácticas que consistirían básicamente en un proceso de ritualización y formalización por referencia al pasado. Según el autor, las tradiciones inventadas pueden ser de tres tipos: Las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; las que establecen o legitiman instituciones, estatus o relaciones de autoridad, y las que tienen como principal objetivo la socialización, inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones.

Los dos últimos tipos son tradiciones artificiales y tienen una existencia subordinada a la primera, esto es, a la invención de la tradición como identificación con la comunidad o con las instituciones que la representan, expresan o simbolizan como nación. La principal invención de la tradición desarrollada por el liberalismo para paliar el vacío social sembrado por su propia ideología individualista, fue la apelación al pasado mítico de la nación, en la que ésta apareciera dotada ya de los rasgos de comunidad política liberal y cuyos ingredientes básicos serían: Derechos individuales y poder político limitado.

Apelar a un pasado mítico no quiere decir apelar a un pasado falso. Basta con que se seleccionen del pasado aquellos hechos más acordes con la identidad de una nación liberal. El estudio de las tradiciones inventadas tiene, para Hobsbawm, una importancia sobresaliente: Podemos ver de qué manera invenciones distintas señalan proyectos políticos distintos o formas radicalmente distintas de entender la nación.

Por ejemplo, podríamos comparar las tradiciones inventadas contrapuestas del nacionalismo liberal venezolano y su modelo sucesorio, el nacionalismo autoritario, el nacional-neoliberalismo, e incluso el neonacionalismo actual, y de esta manera aprender bastante acerca del carácter polimórfico y contradictorio del nacionalismo venezolano.

¿Nuevos tiempos?

¿Estamos en presencia de un nuevo tiempo histórico nacional?, se pregunta el profesor Mora. Y responde: Considerando la experiencia colectiva del tiempo, y siguiendo el enfoque de Bernardo Subercaseaux (2005) pueden distinguirse en Venezuela, desde la Colonia hasta el presente, distintas escenificaciones de tiempo histórico y nacional. Tras el tiempo colonial, que ha sido descrito como un tiempo estancado o un tiempo que remite siempre a algo distinto de sí mismo, pueden señalarse al menos cuatro modalidades de experiencia e invención colectiva del tiempo: El Tiempo Fundacional a comienzos del siglo 19, en el período de la independencia; el Tiempo de Integración, hacia fines del

19 y comienzos del 20; el Tiempo de Transformación, en la década de los años sesenta y, el Tiempo Globalizado, el momento actual.

En el Tiempo de Fundación, explica, el discurso de la élite escenifica la construcción de una nación de ciudadanos: Educar y civilizar en el marco de un ideario republicano e ilustrado. Desde 1998, ante lo que se percibió como un fracaso del proyecto planificador-neoliberal, se pretende un cambio de la estructura socioeconómica en beneficio de los trabajadores y de los sectores desposeídos, y se vincula el concepto de nación al de clase, revolución y anti-imperialismo.

Desde esta perspectiva, la conciencia individual es un punto de tránsito o de encuentro de los tiempos colectivos, una suerte de macro-estrategia comunicativa que contribuye a afianzar ciertos intereses y a una determinada hegemonía. Toda nación necesita un proyecto de futuro y un sentido de trascendencia, un mito, un cuento, necesidad que recoge una aspiración profunda de la naturaleza humana. En el pasado premoderno fue la religión la que se hizo cargo en Occidente de esta aspiración. En el mundo actual, crecientemente secularizado, la aspiración se hace patente, en el espacio público, en gran medida a través de la escenificación del tiempo histórico nacional.

El concepto de Nación, pues, más que un dato geográfico o una mera territorialización del poder, es una elaboración simbólica que se constituye en torno a una interpretación del sentido de la historia de cada país. El diseño del tiempo histórico desempeña un rol fundamental en este proceso.

En Venezuela, luego de declarar la independencia, sucedieron muchas cosas. "Gloriosas" para algunos, «heroicas» para otros, diría Luis Ricardo Dávila, (2005). Los acontecimientos y el giro dado a los mismos por el discurso dominante obligaron a pensarnos según los cánones de una "historia patria" que no buscaban otra cosa que la proyección de los esfuerzos iniciados en 1810-1811 para justificar la emancipación. Esfuerzos influidos en buena parte por el natural y drástico antihispanismo reinante, como secuela del impulso independentista y del restablecimiento de la estructura de poder interna por parte de la élite criolla.

Esa historia patria impuso simbólicamente la imagen de una cierta unidad nacional que informaría los inicios de la nación venezolana: Éramos nacionales sin saberlo. Pero luego de la independencia comenzó a vivirse una gran desilusión: Guerras más o menos civiles, de violencia impactante; acoso de una disgregación implacable a lo largo del siglo 19. Se nos impulsó, entonces, a suponer la unidad nacional como fórmula lógica de salvaguardar la identidad política republicana y la conformación de un Estado liberal, como manera de arrancar definitivamente la República, de las garras del caos y la anarquía caudillista.

Compartimos con Luis Ricardo Dávila que la Historia Patria contribuyó a justificar notablemente el esfuerzo de la historiografía venezolana de ese siglo. Estas son las condiciones que posibilitan la producción de la historia patria que

condujo a una acomodaticia y simplista visión, según la cual, la independencia era un valor en sí misma. Dedicada a justificar la ruptura del orden colonial, la historia patria no hizo otra cosa que justificar la estructura de poder, la estructura social criolla y el papel preeminente ocupado por los independentistas.

Por eso, concluye Pascual Mora García, nos preguntamos: *¿Puede el Estado crear por sí solo la nación, al estilo de como sucedió en el pasado?* (**Humberto Contreras / Diario La Nación**)